



¿Quién eres?... ¿Quién soy? La autobiografía en el relato de lo vivido.¹

Gladys Madriz

Universidad Simón Rodríguez y Universidad Central de Venezuela

gladysmadriz@yahoo.com

A manera de resumen.

La autobiografía del estudiante se convierte en el pretexto de un relato que pasamos a construir en conjunto en el aula universitaria de pregrado. En él se contará lo difícil-grato-ingrato que se les hace a estos narradores realizar el ejercicio de pensar-se, decir-se, es-cribir-se una autobiografía. Esto significa que no se pretende “evaluar” la eficacia o no de la estrategia, y tampoco la consideración o no de su pertinencia en relación con los objetivos del Curso. La intención, es la de convertir la experiencia pedagógica en un pretexto para decir de otra manera lo vivido, sin pretender agotar ni la experiencia, ni el pretexto, ni lo dicho y mucho menos lo no dicho. Frente a la dificultad real que tienen algunos de los alumnos de relatar-se², la idea que se me ocurre revisar es la de la cual ya diera cuenta Benjamin³ cuando afirmara que nos ha sido retirada la facultad de intercambiar experiencias, por el hecho de que ya no experimentamos.

Cuando el río suena es porque piedras trae. Con este refrán que seguramente usted bien conoce, refrán tan extendido en la geografía venezolana y muy probablemente, a lo largo de la geografía iberoamericana, iniciamos una reflexión alrededor del cómo solemos pensar acerca de los eventos sociales y también sobre nosotros mismos. Pudiéramos decir, que en su acepción literal este refrán supone un cierto razonamiento lógico elemental, del tipo *si esto es así, entonces...* Se trata de una relación condicional que a lo largo de la vida hemos aprendido a producir y hemos internalizado. Es decir, pensamos en términos de causa-consecuencia, y lo hacemos sin percatarnos mucho del asunto.

Sabemos asociar el arrastre de las piedras en quebradas y ríos con el ruido que esta fricción provoca. Este saber refleja un modo de pensamiento. En Occidente *aprendemos* a buscar y establecer relaciones entre las cosas, de esta manera es como vamos *conociendo*. Esta forma cognitiva de funcionar ha sido altamente exitosa para explicar el orden de las cosas en el mundo natural, aquel que parece gobernado

¹ Este trabajo es fruto del Proyecto N° PI 07-12-4778-2000, financiado por el CDCH de la Universidad Central de Venezuela.

² En este ejercicio de re-lectura y re-escritura realizado a sus autobiografías, los nombres de estos alumnos fueron cambiados; aun cuando contábamos con su solidaria autorización.

³ Benjamín, W., *El narrador*, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1991.

por principios físicos, químicos, etc., que nos permiten predecir que, por ejemplo, después o durante un estremecedor trueno lloverá.

¿Pero qué cosa sucede con la vida de cada uno de nosotros? Resulta altamente improbable que podamos recurrir a los mismos principios y leyes físico-químicas para *explicarnos* y para *predecirnos*. Igual que nos resultaría muy extraño que alguien se *relatara* de esta forma. En la vida cotidiana nos resulta prácticamente imposible llegar a *predecirnos* de esta manera, porque naturalmente, la única gran certeza que tenemos una vez que nacemos es justamente la de estar vivos.

¿Qué sucede entonces cuando nos vemos obligados a reparar en lo que somos, en lo que fuimos, en lo que seremos? Cuando nos encontramos con los sucesos de la vida social que nos rodean y aun siendo actores de muchos de los mismos tendemos a quedarnos sólo con parte de ellos, principalmente con los resultados, sin saber conectarlos con sus orígenes y con su desarrollo, y sin considerarnos sus protagonistas.

Es probable que las causas principales estén ausentes o las hagamos desaparecer, la cadena que las une haya sido rota antes de aparecer, la memoria de los eventos luce fragmentada, simplemente nos quedamos con determinadas parcelas de los mismos, sin saber activarlas ni vincularlas con todo el complejo proceso secuencial que la conforma. Precisamente eso es lo que ocurre cada vez que uno de nosotros narra una historia, precisamente eso es lo que ocurre cuando cada uno de nosotros hace el ejercicio de *narrarse*, como en el caso de las autobiografías.

En las páginas que siguen pretendemos detenernos en algunas reflexiones que han surgido en mí a propósito de unos intentos de relatar-se que hacen algunos estudiantes al requerírseles una autobiografía. Entonces, sería pertinente aclarar que el objetivo de este trabajo no es el de *evaluar* la eficacia o eficiencia de la tarea académica propuesta en el curso académico en cuestión. Mucho menos el de *evaluar* a sus creadores. Este trabajo no corresponde a una *investigación científica*, si por ello entendemos el manejo de *datos objetivos y confiables*, por lo que no se presentarán los eventos de manera aséptica, ni organizados de forma numérica.

Advertimos entonces que nos circunscribiremos a la forma narrativa, y que navegaremos entre los difusos límites de la educación, la literatura y la filosofía, en un discurso que al hablar de *vivencias*, inevitablemente invite a la realidad y a la ficción a participar en su construcción. Se trata de un ejercicio hermenéutico: de cómo al contarnos, en esa lectura y re-escritura de nosotros mismos, terminamos comprendiendo más al otro y a cada uno de nosotros, y de cómo un docente universitario es transformado al hacer esas lecturas.

Se trata también de un ejercicio ético y estético, de esos que compartimos en el aula de clase. Al estimular a los alumnos para que realicen la narración de sus vidas, partimos de lo que somos, de un ejercicio del *cuidado de sí* para abordar después o conjuntamente el estudio del otro, y lo hacemos sensibilizándonos ante el *cuerpo* que las palabras van conformando.

De manera que en las lecturas individuales o colectivas de esas autobiografías, hemos compartido la belleza y la tragedia de unas vidas que nos son tan comunes y a la vez tan diferentes. Realidad y ficción se confabulan para intentar decirnos lo que en ocasiones sólo podría *mostrarse*. Muchos de nuestros alumnos se quejan de que no tienen las palabras para hacer *justicia a lo vivido*. Esa *falta de lenguaje* ante los acontecimientos críticos por lo que nos ha tocado transitar es una vivencia que resuena en todos nosotros. O si no, ¿cuántas veces hemos manifestado algo así como que no encontramos las palabras para expresar tal o cual cosa?

1.- La invitación a narrar-se, una tarea que se nos resiste.

Algunos de nuestros alumnos dan cuenta de lo difícil que les resulta escribir sobre sí, Jorge manifiesta lo siguiente: *“la verdad es que no sé cómo empezar este relato, debo confesar lo sorprendido que me sentí al tener toda una página en blanco dedicada a momentos vividos y por vivir.”* Por su parte, Leticia nos comenta: *“este es el cuarto intento de escribir mi autobiografía, prefiero inventar nuevas historias que escribir sobre mí misma, pero voy a aprovechar el ejercicio de introspección que me ofrece esta asignación. No le tengo miedo al pasado, sino que prefiero escribir sobre el futuro”.* También está el caso de Sonia *“es difícil comenzar a escribir cosas que te han pasado, trata uno de imaginar ese momento para plasmarlo en la hoja quizás sin lograr transcribir los sentimientos que también se unen a las imágenes (...) Sólo escribiré de mi parte educativa y omitiré las partes personales ya que no me es agradable que otro sepa o lea de mi vida, soy muy cerrada en mí misma, en lo privado creo que las personas siempre ocultan algo, no se dan a otra en un cien por ciento...”*

Ya conocíamos de esta resistencia a exponerse a la mirada del otro, que surge en algunas personas cuando le pedimos que escriban sobre sí. Contrario a lo que pueda pensarse, no nos parece ni malo ni bueno, se trata de un derecho natural a mantener la reserva y como tal lo hemos respetado. Pero con ciertos casos, nos ha parecido que había algo más. Se trataba de una velada *oposición, de una cierta resistencia* ante la figura de poder, o quizás ante una omnipresencia del poder que no asume forma concreta, pero que invade todo y que asfixia.

Una oposición que se articulaba en la frase *¿Por qué debo contar sobre mí, no basta con aprender la asignatura?* Y debemos decir que tienen razón ante esta desconfianza. Foucault hace mucho tiempo que demostró cómo en los dispositivos pedagógicos hay demasiado intento por formar a un sujeto *obediente, formar cuerpos dóciles*, intervenir no sólo el cuerpo sino el alma.

L'Homme-machine de La Mettrie es a la vez una reducción materialista del alma y una teoría general de la educación, en el centro de las cuales domina la noción de “docilidad” que une al cuerpo analizable el cuerpo manipulable. Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado.⁴

Nuestro sistema educativo está lleno del deseo *de aplicar la norma*. Se vela para que todo esté en orden, ¿pero quién se ocupa del excluido, del negado, del desertor? Mientras tanto, el mejor soldado, el mejor alumno es el *obediente, el disciplinado*. Por supuesto, en la mayoría de los casos, se incorporan a los dispositivos pedagógicos no ya los métodos punitivos o de castigo, sino sutiles estrategias de *encauzamiento de la conducta y del alma*. Pero la educación que nos interesa debe hacer otra cosa, debe *responder del otro*, debe también *enseñar* a responder de uno y del otro. La educación debe entender que no puede sólo constituirse a partir de la pregunta *¿quién habla o razona?*, debe también considerar la pregunta *¿quién sufre?* De manera que estamos de acuerdo con la interpretación de Bárcena y Mélich sobre la filosofía de Levinas cuando señalan:

...la subjetividad se convierte en subjetividad humana no solamente cuando el sujeto individual es capaz de decidir cómo debe ser y cómo orientar su vida, sino también cuando es capaz de dar cuenta, además, de la vida del otro, cuando *responde del otro*, de su sufrimiento y de su muerte. Esta decisión – responder del otro –, no se basa en un principio de autonomía o de libertad personal, sino de responsabilidad. La

⁴ Foucault, M. *Los cuerpos dóciles*, en *Vigilar y Castigar, Nacimiento de la Prisión*, México, Siglo Veintiuno, 1997. p. 140.

decisión es *heterónoma*: depende de una responsabilidad radical y originaria. *Sólo siendo responsables del Otro, de su vida y de su muerte, de su gozo y de su sufrimiento, accedemos a la humanidad*. Por eso la pregunta ética no es “¿qué es el hombre?” sino ¿dónde está tu hermano? (Gén. 4, 9-10)⁵

Pero a pesar de no tener las *palabras justas* o sólo las *medias palabras*, a pesar de que algunos no quisieron aceptar la invitación de narrarse que les hiciéramos, la mayoría de estos incipientes narradores acometieron con ánimo y resolución la nueva tarea que se les propuso. Por consiguiente, este trabajo quiere reivindicar una práctica perdida, la del narrador y unos testimonios que como voces silenciadas emergen para hacernos vibrar con sus distintos tonos y para confrontarnos en su proximidad. Unas voces que se hacen presentes para no irse más, y que como tales, requieren de nosotros la escucha paciente y cariñosa, así como la acogida responsable.

No olvidemos que la escuela debe ser lugar de acogida, lugar de ejercicio de la hospitalidad y que justamente una de las artes, si se quiere en el sentido del prestidigitador, que debe cultivar un docente es hacer del aula un espacio suficientemente amoroso como para confortar a los espíritus, pero no tan cómodo como para anular el impulso aventurero de nuestros queridos huéspedes. Cada alumno debe ser estimulado a escuchar en su interior el zumbido del abejorro que pugna por explorar los aires. Cada cual debe caminar por sus propios pies, pero no debemos olvidar que en compañía, se vuelve el camino menos fatigoso y la jornada más alegre.

2.- Escribir-se, narrar-se. El tema de la autobiografía.

Comúnmente, entendemos por autobiografía un ejercicio retrospectivo de un individuo sobre su vida, donde se mezclan elementos de la realidad objetiva, subjetiva e intersubjetiva, y esto es así porque cuando una persona comienza a narrarse, intervienen elementos de una realidad que al interpretarse adquieren nuevas significaciones, algunas de las cuales son construidas en el espacio simbólico social compartido por los miembros de una misma cultura.

Como señala Molloy⁶ “la autobiografía es siempre una re-presentación, esto es, un volver a contar, ya que la vida a la que supuestamente se refiere es, de por sí, una suerte de construcción narrativa. La vida es siempre, necesariamente, relato: relato que nos contamos a nosotros mismos, como sujetos, a través de la rememoración; relato que oímos contar”(p. 16).

Cuando María quiso saber acerca de sí, fueron otros quienes comenzaron su relato. María inicia su autobiografía haciéndonos saber lo siguiente:

Para entender al ser humano es necesario conocer sus inicios, su formación y esa formación forma parte de una historia. Mi historia me es desconocida en gran parte, presiento que soy la garantía de la multiplicación de la clase obrera. Mis abuelos (...) fueron inmigrantes colombianos que llegaron por la frontera de San Antonio hasta Bramón, Edo. Táchira donde eran peones de los hacendados cafetaleros allá por los años cuarenta y gran parte de los cincuenta. Es curioso, pero fue el estudio de la teoría marxista la que me llevara a interrogar a mi madre acerca de sus orígenes, antes nunca me interesó. Sólo quise comprobar si efectivamente yo era el producto de

⁵ Bárcena, F. y Mélich, J. C. *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona, Paidós, 2000, p. 17

⁶ Molloy, S. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica, 1996.

una clase obrera que, según Marx, debe garantizarle al capital su reproducción. Efectivamente comprobé que mis abuelos eran obreros de las mencionadas haciendas de café y que por un solo salario trabajaban ellos y sus hijos, incluida mi madre. (...) En un momento que no puedo precisar muy bien, pero que está relacionado con la caída de la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez (no estoy segura ni de lo de dictadura, ni de lo de militar, pues hace poco me di cuenta que la historia que he leído sobre mi país es falsa) la familia empezó a emigrar poco a poco hacia la ciudad de Caracas. Se alojaban en casa de otros paisanos que generalmente vivían en pequeñas casas de cartón piedra en los cerros de la capital. Al poco tiempo construían otra casa igual al alojamiento con los fondos que adquirían de ciertos trabajos como el de albañil, o en el caso de mi madre, de doméstica. Mi madre comenzó a muy temprana edad con ese trabajo y presumo que es la gran amargura de su vida.

Y María continúa relatando-se:

El estudio no fue nunca cosa primordial en esta familia, lo importante era trabajar para todos y en este sentido los hijos mayores (mi madre y su hermano) debían sostener a los padres y a los hermanos más pequeños, estos estudiaron un poco más, sin embargo no pasaron del sexto grado. Los hermanos varones de mi madre muy pronto tuvieron edad para cumplir su servicio militar y de allí se formaron grupos de amigos que muy pronto llegaron a la casa de los Gaitán. Es así como se conocen Josefa Gaitán y Juan Martínez. Juan viene de una familia de la península de Paraguaná, Edo. Falcón, hijo de Américo Martínez y de Pilar Sánchez, ambos campesinos del Edo. Falcón que comían y mantenían a sus hijos con productos del conuco y de los pocos animales que tenían. Américo era descendiente de nativos de la península y Pilar tenía por abuelos a los Sánchez de España. Juan fue a la escuela hasta el tercer grado y luego de un sarampión, dejó la escuela y se dedicó a trabajar en los quehaceres de la tierra y el campo. Cuando tuvo edad se fue a su servicio militar donde conoce a los hermanos Gaitán que lo llevan a la casa y le presentan a Josefa que ya tenía veinticinco años. No pasaría mucho tiempo para que viniera el embarazo de Josefa ante la indiferencia y apatía de Juan. Una doméstica y un soldado ante un embarazo quizá no deseado. El embarazo de Josefa transcurrió entre carencias y desamparos y un 22 de noviembre del sesenta y cinco da a luz a una pequeña. Yo misma.

En esos primeros párrafos de la autobiografía de María encontramos reflejados algunos de los fenómenos sociales que han marcado a nuestro país, la inmigración europea y el constante flujo de nuestros hermanos colombianos a las áreas densamente pobladas de nuestro país, a través de las fronteras vivas entre Venezuela y Colombia. También pudimos conocer la explotación de los grandes caficultores o hacendados que como una suerte de señores feudales, explotaban a sus peones y a sus pisatarios. El paso de la Venezuela rural a la Venezuela petrolera no supuso mejoría para muchos de los esperanzados venezolanos, que comenzaron a poblar las prometedoras urbes.

La realidad continuó siendo de diferencia y exclusión para la gran mayoría de esos hombres y mujeres que acallaban las voces de sus conciencias desesperanzadas entre jornadas de trabajo duro, y fines de semana de aturdimiento, de no querer saber de nada, ni siquiera de sí...<¿de qué proyecto de vida me hablas, o es que se le puede llamar vida a esto?> Y así entre rutinas de trabajo agobiante, mal pagados, hacinados y frustrados llegaban los nuevos nacidos, de quienes nadie tampoco respondía, tornándose una vez más, la esperanza del porvenir, sutil metáfora de la natalidad, en una ilusión perdida, en una tosca parodia de la vida fácil, como es el caso de la lotería, que de golpe y porrazo, cual mago de programas de variedades,

a través de alguna fórmula dicha muy queda al oído, convierte al miserable, al excluido, dizque en poseedor de su vida y director de su destino.

Hubo otras historias que a pesar de los conflictos familiares vividos resultaron menos polémicas, como la que nos refiere Eloísa:

Cuando escribo mi nombre, acuden a mi memoria muchos recuerdos, entre ellos, las discusiones entre mis padres sobre cómo debía dirigirme a ellos. Mi mamá, como buena merideña insistía en que la tratara de “usted” y que le pidiera la bendición (cuando era católica después se convirtió a Testigo de Jehová) y mi papá como era italiano no aceptaba ser tratado de usted, porque en italiano sólo se utiliza para tratar a desconocidos o personas distantes, con mucha jerarquía y...cuando le pedía la bendición me decía que no era cura y menos el Papa. Así que descubrí a muy corta edad que pertenecía a una familia extraña (mucho tiempo después comprendí el término “bicultural”) Un día, me levanté de mal humor, papá tomaba café con brandy antes de irse al taller, vivíamos en el Junquito y hacía mucho frío por las mañanas, algo así como un “calentaíto”, me enfurecí porque mamá le estaba contando sobre mi diario y comentaba que era una “irreverente” e inmoral, porque me había besado con Manolo, un cuarentón increíble que tenía por todo defecto estar casado. Me levanté furiosa y les grité que se pusieran de acuerdo, o los tuteaba a los dos y no les pedía la bendición o los trataba de usted y les pedía la bendición. Llegaron a un consenso, tutearía a ambos y estaba exonerada de pedir la bendición, salvo cuando estuviéramos en sitios donde hubiera familia materna (gracias a Dios, nunca la frecuentábamos, excepto en funerales) Mi padre obviamente, amaba la pasta, así que cuando mamá hacía arroz, debía preparar un plato con pasta para mi papá, quien decía no ser chino...Pero sí comía cangrejos crudos, anguilas y erizos...cosa insoportable para mi mamá, quien nos escondía de él cuando venía de pescar todos esos “tesoros del mar”.

Eloísa es una mujer sorprendentemente abierta a experimentar, posee una curiosidad natural digna de un Houdini, y son pocas las cosas que asume con indiferencia o más bien con resignación. En el aula, una vez terminado el tiempo de observación del grupo y del docente, se convirtió en una interlocutora locuaz, que ama a las personas y detesta la estupidez. Su autobiografía es emotiva, profunda, sincera, dulce y a veces sorprendente como ella misma. Sin duda, es una de mis preferidas. Cuando la leí, me sentí en deuda, porque a pesar de ella haber declarado lo positivo del ejercicio, y lo mucho que merecía la pena hacer, creo haber aprendido tanto, sentido tanto, reído tanto, llorado tanto, que ahora la quiero más. Y eso también forma parte de mi transformación.

3.- Narrar-se para formarse, para volver a nacer.

En todo caso, creemos tener muchas razones para proponer a nuestros alumnos en nuestros cursos la elaboración de una autobiografía. Voy a referirme a una de ellas, evocando las palabras de Nogueira Dobarro⁷ cuando afirma que “la forma más eficaz de escuchar a otro, al diferente, al extraño, es crear las condiciones para que pueda pronunciar y elaborar su propio discurso. Y ello requiere nuestro silencio no sólo exterior, sino, sobre todo, interior, donde nace la actitud de acogida, respeto y reciprocidad, ámbito éste en el que en verdad surge la presencia firme del otro, con

⁷ Nogueira Dobarro, A. Laberintos: transcurso por las señas del sentido, en *Revista Anthropos*, Barcelona, N.º 187, 1999.

toda su singular dignidad, con nombre propio (...) Todo ser humano es una lección para otro, un texto abierto a la posibilidad de inventar nuevas realidades”(p.111).

Como bien pueden inferir, se trata de un ejercicio de pedagogía, o si se quiere, de un ejercicio ético, de *responder del otro*, el otro, el extraño, el bien nacido que se deja a nuestra custodia. Porque la educación, parafraseando a Arendt⁸ es asunto de quienes recibimos a los que nacen todos los días, es un asunto de *natalidad*, y de *acogida*, de ejercicio de *verdadera hospitalidad*, en el sentido de Lévinas⁹ que estamos obligados a asumir quienes tenemos esa responsabilidad.

Al invitarles a elaborar su autobiografía queremos que cada alumno se sienta oído y ¿qué más personal que el relato de su propia vida? Todos sabemos que la identidad es constituida por el individuo en un constante fluir de lectura-escritura e interpretación, todos nuestros relatos tienen reminiscencias de los demás relatos, toda nuestra vida posee formato de narración. No podemos pensarnos a nosotros mismos si no lo hacemos en forma de relato. Queda claro entonces, que la intención última es la de *darle voz* al silenciado, casa al extraño, refugio al excluido, y sobre todo, una oportunidad, un nuevo pretexto para *experimentar*, facultad que en estos tiempos modernos o post modernos, el tiempo de la información, se nos estuviera retirando, tal y como denuncia Benjamín¹⁰ en su conocido texto *el narrador*. Y lo hace de la siguiente forma:

Con creciente frecuencia se asiste al embarazo extendiéndose por la tertulia cuando se deja oír el deseo de escuchar una historia. Diríase que una facultad que nos pareciera inalienable, la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencias. Una causa de este fenómeno es inmediatamente aparente: la cotización de la experiencia ha caído y parece seguir cayendo libremente al vacío. Basta echar una mirada a un periódico para corroborar que ha alcanzado una nueva baja, que tanto la imagen del mundo exterior como la del ético, sufrieron, de la noche a la mañana, transformaciones que jamás se hubieran considerado posibles.

¿Cómo es posible que sucediendo tantas cosas en lo externo, en el mundo exterior, el hombre de hoy en día sienta que cada vez se encuentra más *vacío* de experiencia? ¿Cómo explicar esa aparente contradicción sin caer en cuenta que ahora *ya no nos pasa nada, porque nada queremos que nos pase*? La experiencia propia o ajena que antes era objeto de la narración, ha pasado a carecer de valor alguno. Lo de ahora es la noticia, que con su demoledora necesidad de actualidad, de lo nuevo, nos ha despojado del ejercicio de escucharnos a nosotros y a los demás.

La información se ha transformado en una mercancía, se vende al mejor postor, se compra, se roba, se inventa. Me da pavor escuchar a algunas personas decir a los alumnos que sólo la bibliografía actualizada merece la pena de ser manejada. Claro, el término *manejada* responde perfectamente a la idea de mercancía. No pasa lo mismo con la literatura clásica, esa cuyo calificativo es dado porque *siempre tiene algo nuevo que decir*, la literatura clásica, los estudios humanísticos clásicos son fecundos, y eso es una característica que no tiene la información. Son fecundos, porque dan qué pensar, son fecundos, porque como el *don que se da*, no puede ser objeto de compra ni de venta, es regalo de la vida por la vida. La narración y en el caso que nos ocupa, la autobiografía tiene algo de esa fecundidad

⁸ Arendt, H. *La Condición Humana*, Barcelona, Paidós, 1998.

⁹ “El término Yo significa heme aquí, respondiendo de todo y de todos.” Lévinas, E. *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Salamanca, Sígueme, 1987, p. 183.

¹⁰ Benjamín, W., *El narrador*, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1991.

ya que es producto de artesanía, de tallado, de *hacer un cuerpo* con las palabras gastadas y darle nueva sonoridad a la vida que se relata. A propósito, Benjamín¹¹ nos regala con estas frases:

La narración, tal como brota lentamente en el círculo del artesanado – el campesino, el marítimo y, posteriormente también el urbano- es, de por sí, la forma similarmente artesanal de la comunicación. No se propone transmitir, como lo haría la información o el parte, el “puro” asunto en sí. Más bien lo sumerge en la vida del comunicante, para luego poder recuperarlo. Por lo tanto la huella del narrador queda adherida a la narración, como las del alfarero a la superficie de su vasija de barro.

Pero quizás el más importante de los propósitos para hacer una autobiografía, tal y como la concebimos en el aula universitaria sea el tener la oportunidad de *comenzar de nuevo*. Arendt¹² expresa una hermosa idea al respecto, de la siguiente manera:

Con palabra y acto nos insertamos en el mundo humano, y esta inserción es como un segundo nacimiento, en el que confirmamos y asumimos el hecho desnudo de nuestra original apariencia física. A dicha inserción no nos obliga la necesidad, como lo hace la labor, ni nos impulsa la utilidad, como es el caso del trabajo. Puede estimularse por la presencia de otros cuya compañía deseemos, pero nunca está condicionada por ellos; su impulso surge del comienzo, que se adentró en el mundo cuando nacimos y al que respondemos comenzando algo nuevo por nuestra propia iniciativa. Actuar, en su sentido más general, significa tomar una iniciativa, comenzar (como indica la palabra griega *archein*, <comenzar>, <conducir> y finalmente <gobernar>), poner algo en movimiento (que es el significado original del *agüere* latino) Debido a que son *initium* los recién llegados y principiantes, por virtud del nacimiento, los hombres toman la iniciativa, se aprestan a la acción.

No nos queda sino ocupar nuestro lugar en el mundo a través de la palabra y la acción. A través de la acción de *contarnos* tenemos la posibilidad de *volver a ser*, de *ser quienes no somos*, de *ser aquello que podríamos ser, quizás*. Queremos ver en la autobiografía, no tanto lo que fuimos, embelesados por la idea del pasado, sino lo que *podemos ser*. Esa capacidad *proyectiva, proactiva*, ese impulso originario del que habla Arendt, volver a despertarlo a través de la autobiografía y volver a mirarnos, para concebir en nosotros la promesa de volver a comenzar de nuevo, no porque necesariamente estemos insatisfechos de lo logrado, de lo que somos, sino porque *el inicio* está inscrito en nuestra piel.

¹¹ Benjamín, W. *Ob. cit.* p. 119

¹² Arendt, H. *Ob. cit.* p.201